

Flechas y Pelayos

SEMÁNARIO INFANTIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: QUIÑONES, 4 y 6.-MADRID.-TEL. 35468

2 DE FEBRERO DE 1947 • AÑO X.



385
POR EL IMPERIO HACIA DIOS
DELEGACIÓN NACIONAL DEL FRENTE DE JUVENTUDES

N.º 420 — 75 CÉNTIMOS

ESTE HERMOSO SEÑOR SALIÓ DE CACERÍA CON DOS PERROS Y A MITAD DEL CAMINO SE DA CUENTA QUE SÓLO LE ACOMPAÑA UNO. COMO NO VE AL OTRO OS PIDE QUE LE AYUDÉIS VOSOTROS.





Deportes



Galería

11 5 Almanaque 31 29

Galería



Un veterano: Juan Ramón

No es menester ponerle el apellido, pues en cuanto se dice Juan Ramón, todo el mundo sabe que se trata del defensa del Valencia F. C.

Juan Ramón, es vizcaíno de nacimiento, y fué compañero de equipo hace años, del magnífico centro-medio Ipiña, cuando ambos jugaban en el Erandio.

En la actualidad, y pese a que en sus botas suma un buen número de temporadas de primera figura, sigue siendo un excelente defensa, de gran seguridad en la pegada y magnífica colocación en el campo.

Mientras sus enemigos no mejoren de clase grandemente, seguirá siendo Juan Ramón jugador en activo; cuando el momento llegue de la retirada, habrá que recordarle con afecto y gratitud, porque siempre dió a su deporte favorito todo: entusiasmo, nobleza y juego.



Ya sabéis que Saint-Moritz (Suiza) es uno de los lugares mejores del mundo para la práctica de los deportes de nieve.

Pues bien; en Saint-Moritz se celebrará en este mes de febrero la Olimpiada de Invierno.

Y—¿cómo no?—allá irá una representación española de las pruebas de descenso y fondo, dispuesta a batallar con calor por los colores nacionales.

Bien les vendrá lo del calor; ¡porque con 12 grados bajo cero!

Después del descanso liguero del pasado domingo, otra vez hoy batallan los equipos españoles entre sí con arreglo al programa que se da en la «Cartelera».

Descuella sobre todos los partidos, el Barcelona-Atlético de Madrid en Las Cortes.

¿Se les habrán cortado las alas a los madrileños con eso de no ser ya de Aviación?

De los demás encuentros no nos hacemos eco.

El eco se encargará de originarlo los infinitos «hinchas» de cada club, con sus espléndidas gargantas.

Deporte y barajas

Se cuenta de uno de los pocos buenos entrenadores de hockey que hace algunos años hubo en España, que ponía tal entusiasmo en su misión, que en los entrenamientos no dejaba a sus jugadores hacer una jugada incorrecta.

Tan fué así una de las veces, que cierto día estuvo corrigiendo a un famoso delantero catalán (del Pompeya), por la manía que tenía éste de ocuparse más de cargar al contrario, que de seguir insistentemente los movimientos del «stick».

Amoscado ya el entrenador por la contumacia del entrenado, le gritó una de las veces:

—¡No cargue, hombre; no cargue! Ocupese siempre del palo del contrario; siga al palo...

Y el jugador amonestado paró en seco para decirle:

—¿Qué siga al palo? Pero bueno; ¿esto es hockey o una partida de tute?

CARRERAS CON PATINES



Nos consta que ya hay millares de muchachos preparándose con todo ahínco en espera de que aparezca la primavera, para tomar parte en esta nueva modalidad del deporte.

Y hay que reconocer que la cosa lo precisa, porque todo el que quiere tomar parte en esta especialidad, ha de reunir dos difíciles condiciones: ser un atleta de cuerpo entero y patinar con extrema facilidad.

¿Las reunís vosotros? Pues duro y a la brega. ¿No las reunís? Pues a entrenarse, muchachos.

Que de lo contrario, os exponéis a dar un «patinazo»...

ARBITRO ENERGICO



—¡Y ya lo saben ustedes; no toleraré ninguna violencia. El que juegue sucio en el primer tiempo, no saldrá al campo en el segundo; y el que juegue sucio en el segundo tiempo, no saldrá en el primero!



Un moderno: Fábregas

La foto que veis arriba corresponde a uno de los nuevos valores que van con paso firme a sustituir a los Gamborena, Marculeta, y demás figuras de tan grato recuerdo para el fútbol español.

Fábregas ocupa en la actualidad el difícil puesto de mediocentro en el Español de Barcelona, y como recordaréis, se habló mucho de él con motivo del último encuentro internacional.

Si no llegó a jugar con la selección española, débese a que todavía no ha asimilado los conocimientos y veteranía necesarios para tal fin; pero ya veréis cómo en plazo más o menos lejano llega, pues su marcha en tal sentido es firme.

Su colocación, sus facultades y la precisión en sus pases a los demás jugadores, así lo abonan.

Cartelera

Primera División

Madrid—Castellón
Gijón—Español
Sabadell—A. Bilbao
Celta—Murcia
Sevilla—Oviedo
Barcelona—A. de Madrid
Valencia—Coruña

Segunda División

Hércules—Levante
Málaga—Mallorca
Córdoba—Betis
Ferrol—R. Sociedad
Baracaldo—Alcoyano
Tarragona—Zaragoza
Granada—Santander

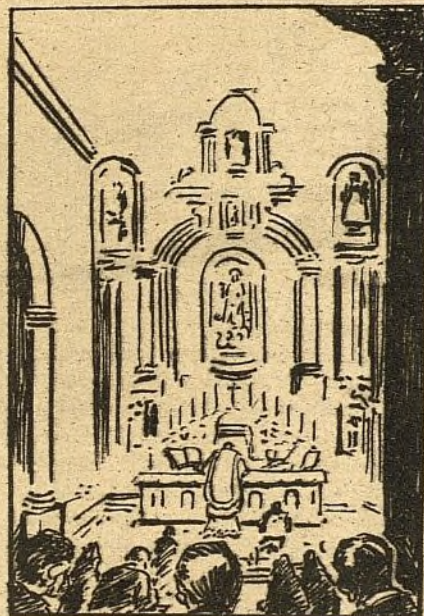
Correo

J. Ruiz, Alcázar de San Juan. No hay motivo para desesperarse; si no tomaste parte en los tres concursos celebrados, yo te garantizo que dentro de pocas semanas tendrás ocasión de hacerlo en el IV. Y ya veremos si entonces eres tan gran adivino como pretendes. Un abrazo.

Ayuntamiento de Madrid

Religión

Un saludo, un recuerdo, una plegaria



Un saludo, un recuerdo y una plegaria es el «Dominus vobiscum». El sacerdote, en medio del altar, se vuelve hacia los fieles con las manos juntas, abre los brazos y dice: «El Señor sea con vosotros». Luego responde el acólito: «Y con tu espíritu». Es un saludo que se repite ocho veces en el curso de la Misa, bien de cara al pueblo, bien de cara al altar. En vez del curioso, ineficaz y rutinario «¿Cómo estás?», «¿Cómo te encuentras?», esta cortés litúrgica: «El Señor sea con vosotros». Si estamos con El, no podemos hallarnos mejor. La suprema bienaventuranza será disfrutar de su compañía por toda la eternidad. El saludo en la

Misa es un anticipo, una tarjeta de aquella feliz y perpetua visita. El arcángel Gabriel saludó así a María, llena de gracia: «El Señor es contigo».

Esta frase tan repetida, es un continuo recordatorio de la divina presencia. En la Misa «El Señor está con nosotros» cuando nos habla: epístola, evangelio; cuando nos escucha: Credo, oraciones; cuando desciende en cuerpo y alma y divinidad: Consagración; cuando en virtud de las palabras consagranes se sacrifica por nosotros con muerte mística, incruenta; cuando se nos entrega por manjar en la Comunión.

Esta frase es una constante súplica de que el Señor venga a socorrernos y no nos abandone. «Nuestra ayuda en el nombre del Señor» reza el celebrante. Y la celestial ayuda brota a torrentes por los anchos caños de los cuatro fines sacrificiales: adoración, expiación, impetración, acción de gracias. En la Misa se nos da «el Pan de los fuertes» y nos acompaña «el Señor Dios de los ejércitos». Podemos confiar con David: «Aunque se me enfrenten campamentos enemigos, no temblaré de miedo mi corazón». Si Dios con nosotros, ¿quién contra nosotros? Con su posesión cantaremos como Santa Teresa de Jesús:

«Quien a Dios tiene
nada le falta.
¡Sólo Dios basta!».

Cuando el sacerdote pronuncie: «El Señor sea con vosotros» debes regocijarte, porque te habla como el arcángel a María. Con la diferencia de que a Ella la manifestó el hecho real de que Dios estaba en su espíritu y a ti, a nosotros, se nos desea que Dios venga a nuestras almas. En Ella era una declaración; en nosotros es una súplica.

Si el Señor está contigo, alégrate; si no está todavía en ti, prepárate a recibirle dignamente, porque el sacerdote es un heraldito que te anuncia su llegada.

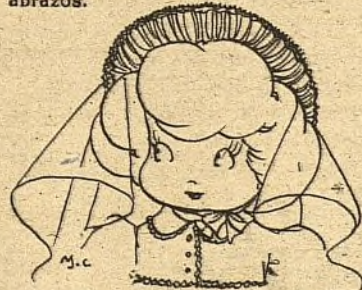
V. Franco, c. m.

¿Qué quieres saber? HOMBRES de ESPAÑA



a Micaela Artigues
con todo el cariño de
su amiguita
Mari-Pepa

Micaela Artigues, (Felanitx).—Encantada de ser amiguita tuya y mandarte mi retrato dedicado. Ya di tu encargo de correspondencia y tus dibujos pasaron a Colaboración. Te envío un millón de abrazos.



Para Arulina Rojas de su
amiguita que la quiere mucho
Mari-Pepa

Avelina Rojas, (Granja de Torrehermosa).—Yo no tengo nada que ver con todo eso del Concurso, pero lo que sí puedo es mandarte mi fotografía de Primera Comunión, que es uno de tus varios deseos. ¿Te conformas? ¡Ah, y además puedo mandarte miles de besos, que esos sí que no ocupan sitio ni están racionados.....!



a Franquita Fierro y Rosarito
Muñoz, con un millón de besos.
Mari-Pepa

Franquita Fierro y Rosarito Muñoz, (Carrion de los Condes).—Me pedís una cosa bien difícil para el poquito espacio de que dispongo aquí. ¿Os parece bien esta foto que nos hemos hecho Mari-Chari y yo? En casa querían tener un retrato «serio» y se nos ocurrió poner esa cara. Os enviamos mi amiguita y yo dos montañas de besos.

Correspondencia.—Chelito Mancebo, calle Montifio, número 11, 2.ª derecha, y Marijita López, calle Cubela, número 15, duplicado, bajo, las dos de La Coruña, las dos de La Coruña, para tener una larga y sincera amistad.

Mari-Pepa.

Góngora

Nació este gran poeta en Córdoba en el año 1561 y murió a los sesenta y seis años. De familia distinguida, estudió en Salamanca. Vivió varios años en Madrid, pretendiendo un destino, que no obtuvo, y a los cuarenta y cinco años de edad ordenóse de sacerdote y se trasladó a Córdoba, donde consiguió un beneficio. En la producción poética de Góngora hay dos épocas distintas: la primera, en que escribe correcta y delicadamente romances y letrillas, que le acreditan de poeta inspirado y de buen gusto; la segunda, en que se da como reformador de la poesía castellana y escribe las «Soledades» y el «Polifemo», donde sin dejar de ser inspirado, incurre en verdaderas extravagancias. La reforma nació más bien de la época que de Góngora: fué una especie de modernismo, por el que se pretendía elevar el arte literario de la vulgaridad a la más perfecta imitación de los modelos clásicos por medio de un lenguaje exquisito. Algo de esto ocurrió también en Italia y Francia, prevaleciendo al fin en nuestra literatura y más aún en la poesía.



con niñas de catorce a dieciséis años para tener una larga y sincera amistad.

Ayuntamiento de Madrid

de sinamo

A la CAZA del HOMBRE

TEXTO DE CARDONA



Stephen King no era nuevo en la comarca que actualmente recorría, más de una vez la tuvo que atravesar persiguiendo a algún malhechor reclamado por la justicia, que creyendo poder escapar a la Policía Montada del Canadá se aventuraba por aquellos parajes, infestados de fieras, para alcanzar la frontera de EE. UU. En esta ocasión, Stephen estaba decidido a llegar adonde fuera



con tal de atrapar al peligroso criminal que perseguía y sobre el cual pesaba un premio de 10.000 dólares. Con ellos, el cabo King completaría la suma que le hacía falta para dejar este clima inhospitalario y volver a su tierra natal. Y con un jahora o nunca! se había lanzado a la persecución de Charles Poincrot.

Las huellas que seguía le dirigían directamente al poblado de los indios Apuhios, amigos de la justicia, y que por inveterada costumbre devolvían a la policía todos los perseguidos de la Ley, recibiendo en cambio una recompensa de 100 dólares.

Espoleó al ya exhausto caballo, proponiéndose llegar a la meta antes de mediodía. Los víveres ya le escaseaban.

—¡Ya estamos cerca!—murmuró—. ¡Quiera Dios que éste sea mi último viaje!

Pronto llegó junto a las primeras chozas del poblado y preguntó a los indios que por allí había, por su jefe. Los indios, o no le entendieron o no quisieron entender y prosiguieron sus ocupaciones.

Desesperado, se encaminó a la tienda del jefe.

—¿Qué pasa, jefe? ¿Dónde está el hombre que busco?

—El hombre que buscas ha venido a ponerse bajo mi protección y no te será entregado.

—¡Gran jefe! ¿Has olvidado el pacto de alianza que te liga con la Policía Montada?

—No fui yo el primero en olvidarlo sino vosotros...

—¿Nosotros?—preguntó King—. ¿No se te ha entregado siempre la recompensa acordada?

Ante la negativa de Cufiah-Nah comprendió el cabo Stephen que algún desaprensivo policía se había quedado con la recompensa que pertenecía a los Apuhios. Así se lo expuso a Cufiah-Nah, pero el indio no quiso volver sobre su acuerdo y despidió bruscamente a Stephen. ¡Adiós los 10.000 dólares! Cogió de las riendas a su caballo y pausadamente se dirigió a la salida del poblado. No

podía intentar nada por la fuerza, pues equivaldría a un levantamiento por parte de los indios y originaría una espantosa guerra.

Al cruzar un pequeño bosque, un agudo grito le detuvo en su camino. Con el rifle en la mano indagó por los alrededores para averiguar lo ocurrido. Era una joven india, probablemente una apuhia, que luchaba desesperadamente con un oso y que llevaba todas las de perder. Por no herir a la muchacha, King dejó el rifle en el suelo y empuñó un cuchillo de monte. Le fué relativamente fácil el acabar con la fiera y cogiendo a la muchacha india que se había desmayado, la colocó sobre su caballo y se la llevó al poblado. Los indios que poco antes se mostraran hostiles, le festejaron ahora como a un amigo. Y la razón del cambio es que la muchacha rescatada por Stephen era hija de Cufiah-Nah; que al recobrar el conocimiento ponderó la intervención del cabo de tal manera que Cufiah-Nah, olvidando sus querellas, creyó oportuno recompensar al cabo.

—Pídemelo lo que quieras—le dijo.

El cabo dijo sin vacilar: —Me conformo con el prisionero.

Pero al mismo tiempo, en una de las tiendas del poblado se oyó un disparo. Stephen, presintiendo lo ocurrido, se lanzó allí, pudiendo ver cómo caía al suelo, muerto, el fugitivo.

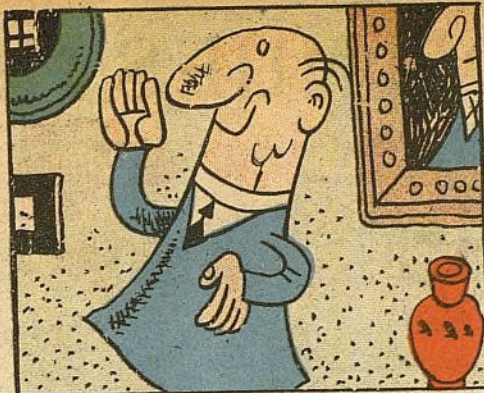
Prefirió suicidarse a caer en manos de la Ley.

—¡Maldición! El premio se me escapa por segunda vez...

Pero luego recordó que los premios se adjudican lo mismo por un muerto que por un vivo y envolviendo el cadáver de Charles Poincrot en una manta lo colocó a la grupa de su caballo y despidiéndose de los Apuhios se dirigió al cuartel de la Policía Montada. — F I N.



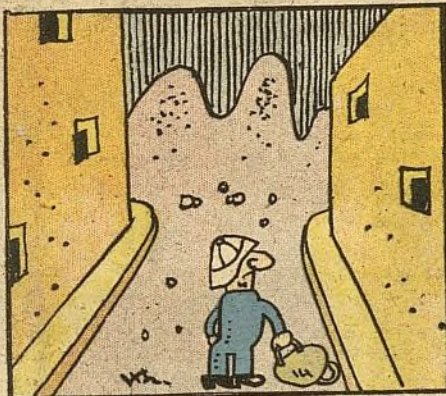
VIAJE AL país de los SABIOS



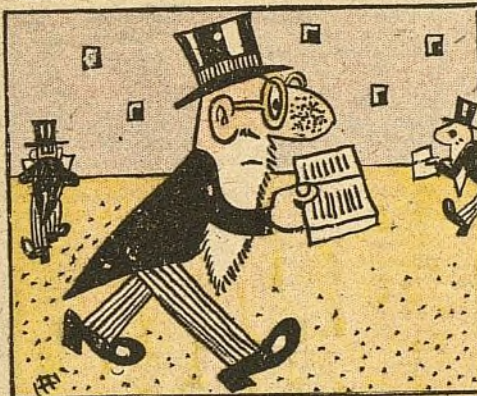
Cuando me enteré que existía un país denominado Sabiolandia, donde los sabios campaban por sus respetos, no pude resistir la tentación de visitarlo para poder trasladar a estas hermosas páginas las peregrinas impresiones que produjese en mi turbulento y nunca bien ponderado cerebro.



Sali muy de mañana, sin compañía de ninguna clase. El día era espléndido. Anduve horas y horas, unos ratos a pie, otros en avión y otros en tren de mercancías. Me iba acercando, a pasos agigantados, a aquel fabuloso país. A medida que avanzaba podía darme cuenta que cada vez me alejaba más de mi casa. Por fin, después de mil



vicisitudes—que no enumero para evitar enojosos y farragosos explicaciones, de todo punto improcedentes—llegué al término de mi viaje. Aparentemente era un país como los demás. La capital era muy hermosa; se llamaba Juanita. Sus calles eran más anchas que largas y las casas, en vez de estar a lo largo, estaban a lo ancho.



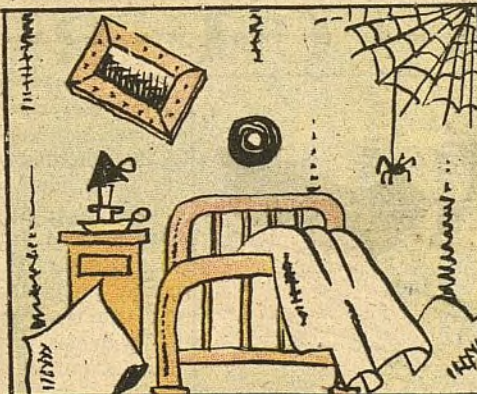
Pronto me percaté que los sabios estaban en todas partes. Como detalle curioso, paso a citar que cuando andan, esos señores, van a pie. Cuando no andan, o están sentados o echados. Todos—o casi todos—llevan sombrero de copa, gafas, libretos y papelotes. Siempre están meditabundos y ensimismados.



Las mujeres—jóvenes y viejas—en vez de lavar los platos se dedican, con gran entusiasmo, al estudio intenso de la Astronomía y se pasan horas y más horas contemplando las estrellas. Aquello hace que las estrellas estén así de gordas, pero los platos están un rato sucios y las camas por hacer.



Los conductores y cobradores de tranvía se dedican, con una afición rayana en la locura, al estudio de la Geografía. Algunos de ellos, de todas maneras, tienen sus preferencias por la Numismática, ciencia considerada allí como típica de la clase media. Los guardias estudian Botánica y Geología.

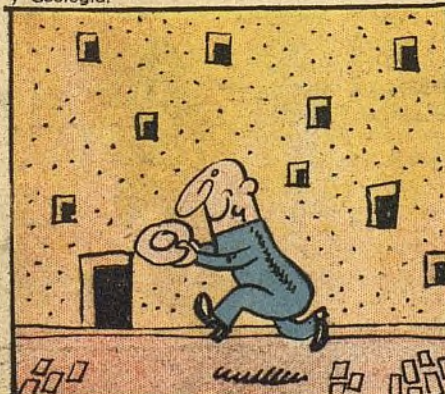


Y como todo el mundo se dedica a altos estudios y a todas esas cosas, resulta que está todo hecho una verdadera lástima. Los cines no funcionan, los hoteles, menos, las tiendas de comestibles, ni hablar, los altos hornos están hechos un asco, la polilla está a sus anchas, las ratas a las suyas...



En visto de todo aquello, hice poner un anuncio redactado en los términos que podéis ver, hijos míos. Aquello sorprendió a propios y a extraños. Fui asediado, materialmente aplastado de tantas peticiones...

Era yo la panacea para Sabiolandia. Me encontraron rarísimo y fui respetado.



Les hice las camas, las tortillas de patatas, les planché los trajes, los sombreros, los zapatos...

Hice los recados, fui al dentista—ni de eso tenían tiempo—, al cine, a todas partes. Me superé yo mismo en un alarde de fuerza, y después de mi labor intensiva...



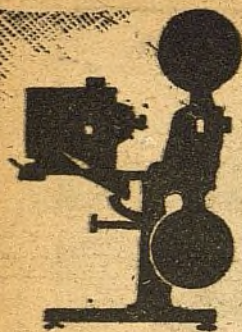
...logré redondear una fortunita bastante notable. Me pasaba el día revolcándome entre sacos de moneda, cubierto con ricas telas, lleno de joyas de todas clases... Hasta que al ver que las camas volvían a estar por hacer, los sombreros por planchar, etc., me dieron una paliza tremenda.



Escapé como pude de aquella población, sin cinco céntimos y con más miedo que vergüenza. MORALEJA: Esto os enseñará, hermosísimos niños, en que no debe desaprovecharse ninguna ocasión para trabajar, cuando se tiene, y que la holganza conduce directamente a la miseria. He dicho.

SENÉN, mentiroso 100 %
(Sabio y abogado)

Ayuntamiento de Madrid



DESDE NUESTRA CABINA

«El prisionero del castillo de Iff»

Bajo este título, la productora italiana Excelsa Film, ha llevado al celuloide la célebre novela de Alejandro Dumas: «El conde de Montecristo» varias veces dada a conocer en diferentes versiones. Esta, dirigida por Robert Vernay e interpretada por Ermete Zacconi, Pierre Richard, Michele Alfa y Aime Clariché, tiene el siguiente

ARGUMENTO

Edmundo Dantés, capitán del velero «Paraone», propiedad del armador Morell, es detenido el día en que se celebra una fiesta para

anunciar su compromiso con Mercedes, acusado como conspirador bona-

partista, por orden del procurador del rey, Villefort, que lo hace encarcelar en el Castillo de Iff.

Dantés es inocente; la acusación es fruto de una falsa denuncia de Caudercusse y de Fernando (el primer marinero del «Paraone», y el segundo, primo de Mercedes), los cuales han obrado por espíritu de venganza y por celos.

Han pasado veinte años. Dantés ha intentado en vano ser juzgado. En este tiempo Dantés ha conseguido comunicarse con un compañero de prisión, el viejo abate Faria, el cual antes de morir le revela el secreto de la Isla de Montecristo donde está enterrado un fabuloso tesoro. Dantés

se evade audazmente del castillo. Recogido en alta mar por el contrabandista Bertuccio, desembarca en Montecristo y se apodera del tesoro.

Algún tiempo después, vestido de fraile capuchino, Dantés va en busca de Caudercusse, por el cual se entera que Mercedes se ha casado con Fernando, que se ha convertido en el general Conde de Morcerff, par de Francia.

Dantés jura vengarse y después de haber salvado de la ruina al banquero Morell, lo logra en compañía del fiel Bertuccio, al que ha salvado de la cárcel.

NOTICIARIO

Mary Pickford acaba de establecer un acuerdo de producción conjunta con Lester Cowan, para hacer quince films en el curso de los próximos cuatro años.

La primera de estas películas es «La calle», magnífica comedia de Elwer Rice, que fué llevada por primera vez al celuloide en 1931.

En una de sus más recientes creaciones, Jean Gabin interpreta un papel alguna de cuyas escenas han sido vividas en realidad por el famoso actor francés. Se trata del ataque de que fué objeto el coche que conducía, por parte de un aeroplano alemán, cuando iba a incorporarse en el su regimiento. Jean Gabin se echó de bruces en el campo, mientras una bomba cogió de lleno al automóvil.

¡Gran noticia! En breve tendremos películas españolas en colores, con arreglo a la fórmula de un español.

El operador.



Una escena de dicha película de «Cifesa».

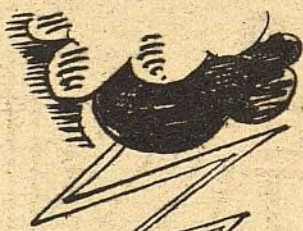


De «El prisionero del castillo de Iff».

NOTAS CURIOSAS



Las hormigas tienen muy desarrollado el instinto de la higiene. Existe una especie, por ejemplo, que instala sus nidos en los troncos de los árboles, que antes de tomar posesión de su vivienda desprenden grandes cantidades de ácido fórmico para desinfectarlas.



Se ha podido calcular que el valor del fluido eléctrico contenido en un rayo, el precio corriente del alumbrado, es de unas 15.000 pesetas.

El primer hombre que ideó obtener sonidos musicales de las cuerdas y del aire, fué Jubal, nieto de Matusalén. Podemos, pues, considerar a Jubal como el precursor de las arpas, las guitarras, el clarinete, el saxofón y demás instrumentos por el estilo.



Dos pequeñas gotas de tintura de iodo en el vaso de agua que se va a beber, bastan para destruir todos los gérmenes de fiebre tifoidea que el agua pudiera contener. Conviene que no lo olvidemos por si hay epidemia de tifus.

La mayor profundidad del Mediterráneo está junto a la isla de Malta, donde la sonda ha marcado una sima de 4.230 metros.



En la tribu de los Kuria a los jóvenes se les agujerea el lóbulo de las orejas y se introduce un pequeño taquito de madera. Este palito es reemplazado por otros, cada vez de diámetro mayor, hasta poder sostener grandes tacos que, metidos en el lóbulo ya enormemente distendido, constituye para estos salvajes el colmo de la elegancia.





El príncipe Otoño decidió continuar la guerra. El sonido de la trompa reunió a sus cazadores y vendimiadores.

Esperaron a los leñadores que estaban trabajando en el bosque, a mucha distancia, y todos juntos fueron a la orilla del lago. Allí comenzaron a talar árboles para construir un puente sobre él. Tardaron tres meses en hacerlo.

Cuando llegaron al islote, trataron de romper aquella extraña aguja de cristal, pero fué inútil.

Los golpes rebotaban sobre ella y permanecía insensible contra las hachas de acero. El príncipe Otoño tuvo que darse por vencido y volvió de nuevo al palacio.

Llegó el momento de que el Invierno, el último de los tres, emprendiese la lucha. Los caminos se habían helado.



El Lago Azul se había convertido en una sábana de hielo, en el centro del cual relucía la aguja mágica como un diamante.

Con sus trineos, llevados por perros y sus rudos montañeses, avanzó el Invierno hacia el centro del lago.

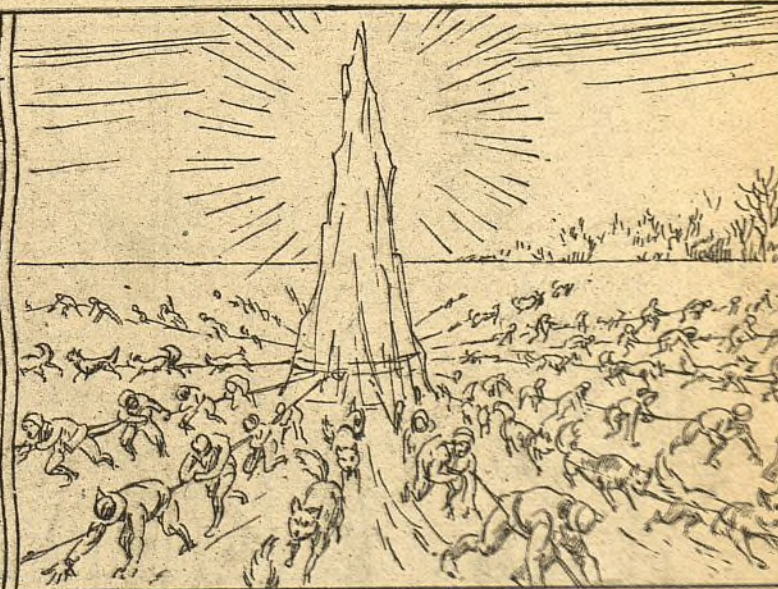
Allí ató con correas el centro de la aguja y enganchó al final de ellas a todos sus hombres y todos sus perros, para tratar de arrancarla de su base.

Fué inútil.

Se rompían las correas, caían al suelo desfallecidos hombres y perros, se deshacía el hielo bajo los pies de los trabajadores, pero la aguja no se movía.

Fué preciso que el Invierno regresase derrotado.

En el palacio todo estaba lleno de tristeza.



La reina se pasaba la vida llorando, el rey, pensativo y sin hablar, los príncipes, inquietos y malhumorados.

Las damas y los cortesanos hablaban en voz baja y andaban de puntillas.

Los pajaritos dormían apelotonados en el fondo de la pajarera real y las flores se habían secado en todos los jardines.

La reina, viendo que todos los esfuerzos de sus hijos habían sido en vano, decidió ir ella misma a la orilla del lago.

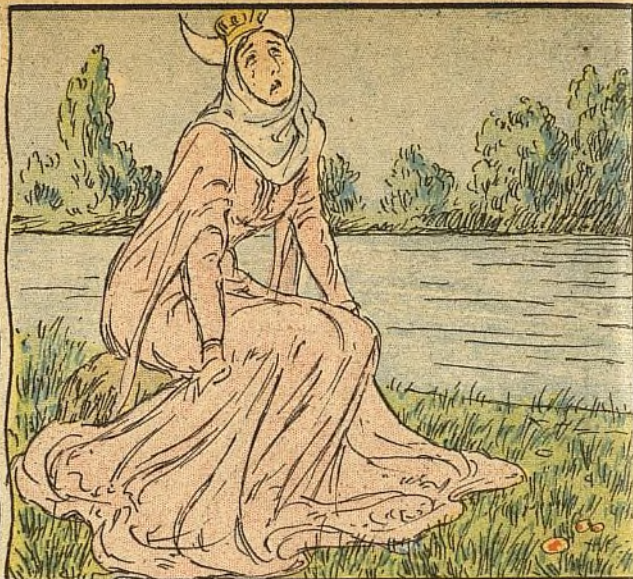
Se sentaba allí todas las mañanas pensando en su hermosa hija y las lágrimas, cayendo de sus ojos, se mezclaban con las olas que azotaban el islote central.



Mientras tanto, la princesa cautiva vivía en un extraordinario palacio, labrado en las entrañas de la tierra.

El príncipe Negro la rodeaba de atenciones y de cariño.

Los gnomos le regalaban los mejores collares de piedras preciosas que fabricaban en sus cavernas y las flores más perfumadas que nacían entre las rocas de aquel subterráneo, iluminado sólo por la bóveda de cristal, sobre la cual estaba el islote mágico.



Una mañana en que la princesita, sentada en su lujoso gabinete, miraba entristecida hacia la luz, notó que algo caía en su falda.

Eran brillantes, magníficos brillantes, como nadie, ni los gnomos, los hubiese podido tallar. En medio de ellos, como en el fondo de un espejo, estaba la imagen de su madre.



La pobre Primavera empezó a llorar desesperadamente.

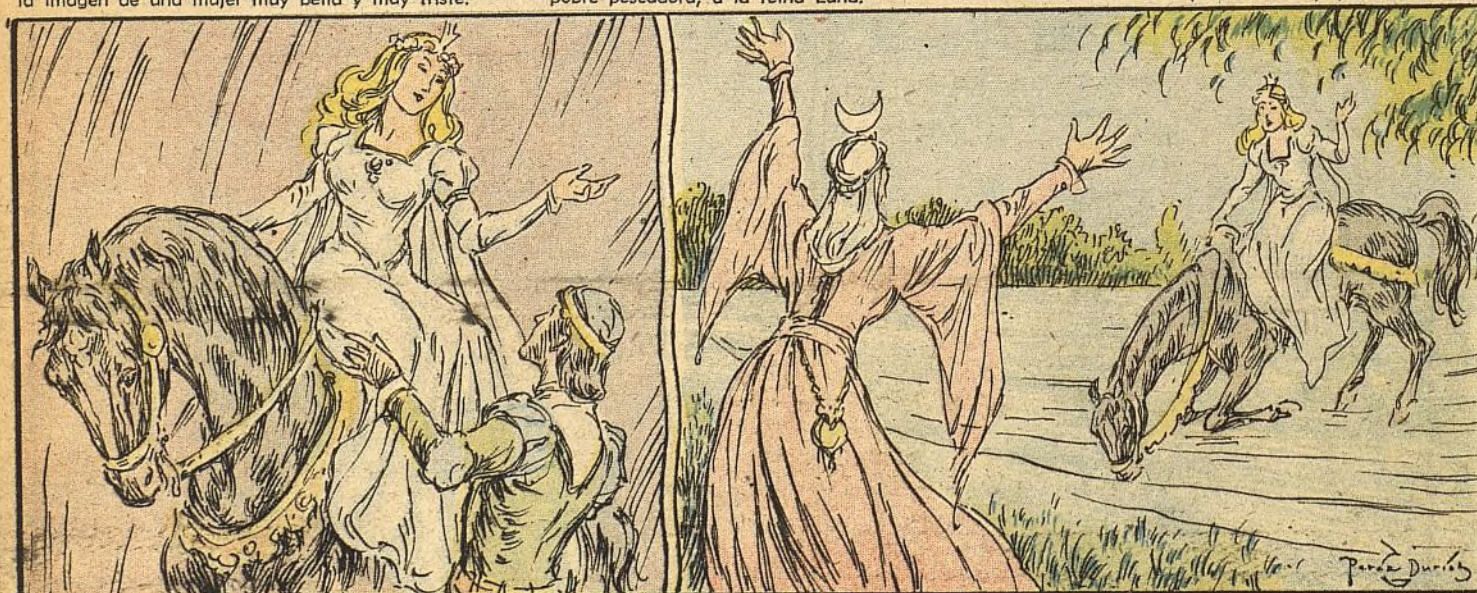
El príncipe Negro acudió asustado y vió que las manos de la niña estaban llenas de brillantes; cogió uno de ellos y comprobó, extrañado, que tenía dentro la imagen de una mujer muy bella y muy triste.

Entonces comprendió que era el retrato de la madre de Primavera.

Subió por la rampa de mármol hasta el centro de la bóveda y se introdujo en la aguja de cristal. Vió desde allí, sentada en la orilla, como una pobre pescadora, a la reina Luna.

Sus lágrimas, arrastradas por el viento, iban hasta el islote y allí se debían introducir por el ojo de la cerradura, cayendo por la rampa hasta la falda de la princesita.

Comprendió entonces que, contra el amor de una madre no se puede luchar y que sus lágrimas,



como mágicos diamantes, pueden perforar incluso el cristal encantado... Bajó el príncipe Negro y dijo a Primavera:

—Princesa, podéis volver a vuestro reino. Conmigo sois feliz y al traeros aquí he destruido el corazón de vuestra madre y encendido hogueras de odio en el pecho de vuestros hermanos. Id, pues, y aunque yo sufriré mucho, lo prefiero a que sufráis vos.

La princesa, llena de alegría, subió como un rayo por la rampa hacia la aguja de cristal.

El príncipe la siguió.

Dió un silbido y su caballo negro subió detrás de él.

Al llegar a la aguja, montó en el caballo a la princesa, abrió la puerta y se despidió de ella dándole un beso sobre la frente.



Podéis figuraros la alegría de la reina cuando vió que su hija salía sana y salva de las aguas del lago.

El caballo la depositó en la orilla y se quedó junto a ella.

Volvieron inmediatamente al palacio, donde la princesa fué acogida con conmovedoras muestras de cariño por parte de todos.

El reino ardía en fiestas.

Hubo más flores, más pajarillos y más felicidad que nunca. Pasaron los días.

La princesita, a pesar de que estaba muy contenta por encontrarse de nuevo entre sus padres, recordaba algunas veces al apuesto príncipe que tanto la quería.

Un día, el príncipe Otoño, que iba con sus cazadores, se encontró



a un gnomo que le rogó le condujese hasta donde estaba la princesa.

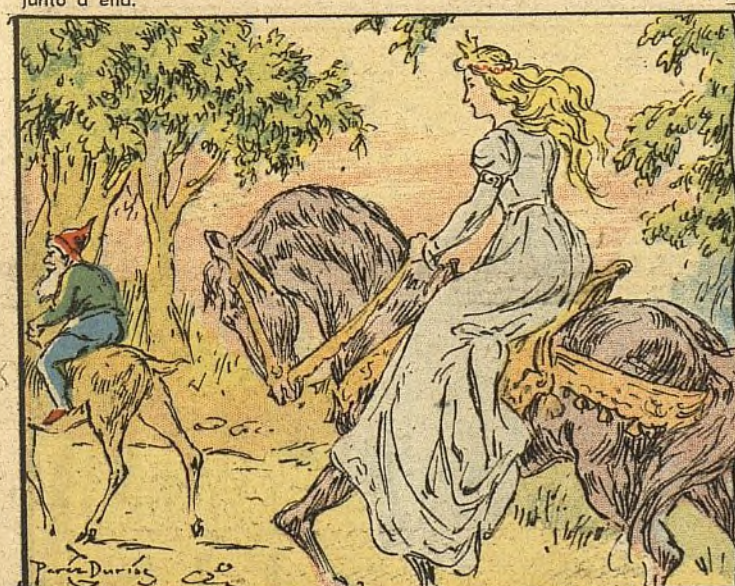
El Otoño accedió, y subiéndole en un ciervo amaestrado que él llevaba siempre consigo, le indicó el camino que conducía al palacio. La princesa paseaba por el parque y el ciervo le llevó junto a ella.



Primavera se asustó un poco al ver al gnomo, pero éste se bajó del ciervo, y arrodillándose ante la princesa, le dijo:

—Alteza, mi señor, el príncipe Negro, está enfermo de pesar. No duerme, ni se ocupa de su reino. En el salón del trono, solo y enristecido, contempla la bóveda de cristal por donde os marchasteis. Cada día está más pálido y yo creo que se morirá.

Y el enanito, al decir esto, no pudo contener un sollozo.



—¡Oh, pobre príncipe! Iré contigo a cuidarle, pero antes pediré permiso a mis padres.

El rey y la reina se lo concedieron.

Mandaron sacar de los caballerizas reales el caballo que trajo a la princesa y ésta, precedida por el enanito que iba en el ciervo, emprendió la marcha hacia el lago.



Cuando llegó Primavera al palacio subterráneo y entró en el salón del trono, comprobó que todo lo que le había dicho el gnomo era verdad.

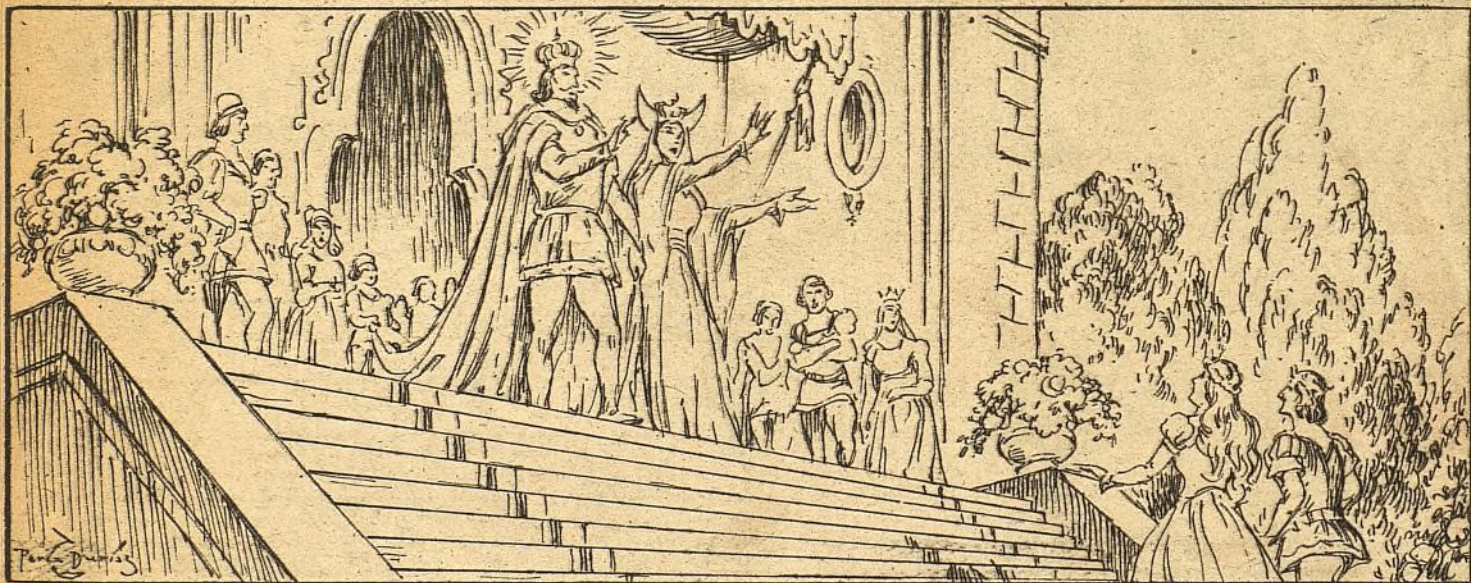
El príncipe Negro yacía sobre cojines, con los ojos cerrados. La princesita, arrodillándose junto a él, le acarició la frente.

El príncipe pareció revivir y abrió los ojos, exclamando:

—Primavera, ¿sois vos, o es sólo un sueño?



—Soy yo—respondió la princesa—, que vengo a cuidaros y a llevaros después a mi reino para que nos casemos allí, si mis padres lo consienten. Como os podéis figurar, el príncipe Negro estuvo muy pronto curado y un buen día salieron del palacio subterráneo, acompañados por un cortejo fantástico de gnomos vestidos de rojo, sobre caballos negros. Delante iban los prometidos y después el séquito, que llevaba centenares de cofrecillos con regalos para los reyes y príncipes del país de la Luz. Los reyes, avisados con anticipación por el lorito, al que se lo había anunciado el murciélago, esperaban en la escalinata, rodeados de sus cortesanos.



Fueron unas bodas magníficas y se cambiaron los más espléndidos regalos. El rey Sol entregó a su yerno una taza de oro, donde ardía una llama que nunca se apagaba, la reina Luna una botanadura de perlas que relucían en la obscuridad, el príncipe Verano un arco con flechas que daban siempre en el blanco, el Otoño un licor que daba la felicidad y el Invierno un manto de armiño que quitaba el frío y curaba las enfermedades. El príncipe Negro entregó a sus suegros y cuñados los cofres de piedras preciosas que llevaba. Días después, cargados de presentes y acompañados por medio reino, salieron los nuevos esposos. Antes de marchar, el príncipe Negro prometió a



sus suegros que dejaría a la princesita Primavera volver a su antiguo reino tres meses al año, para que se pudiese ocupar de los pájaros y de las flores. Y así sucedió.

Y cuando todos los años volvía la Primavera para llenar de flores y de trinos los jardines del reino, contaba a sus padres la bondad y el cariño de su esposo y la fantástica maravilla de aquel reino, donde

había hecho brotar de las rocas las mismas flores de su parque y donde los enanitos, al tallar las piedras preciosas, cantaban las mismas canciones que la princesa entonaba con los pajarillos.

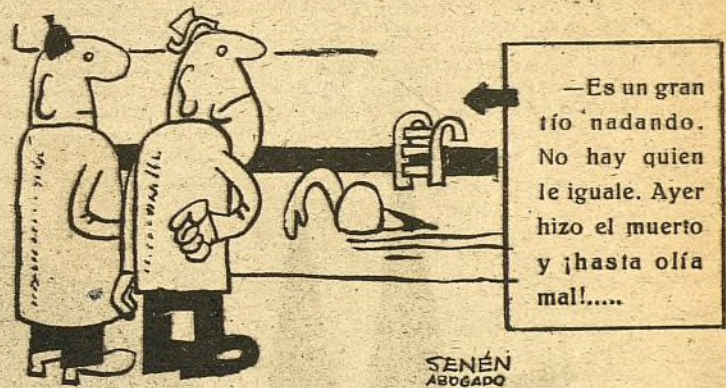
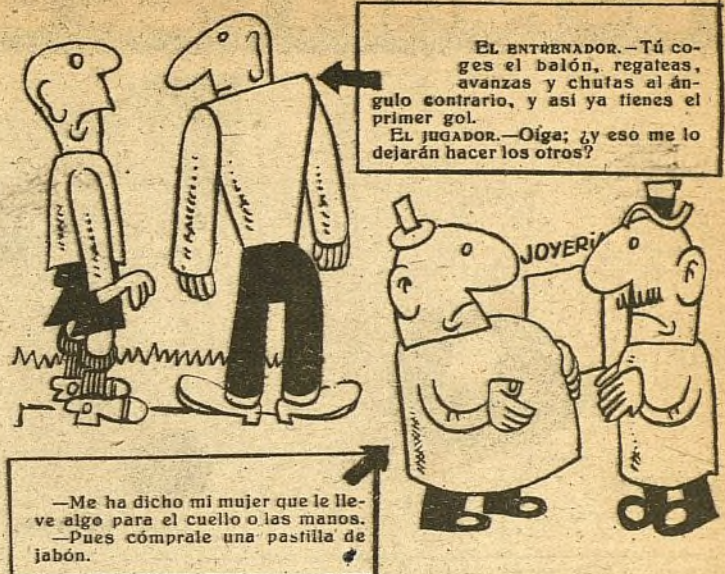
Y de esta forma en el reino de la Luz, siguió dirigiendo el taller real, tres meses al año, la princesa Primavera, que durante nueve meses llenaba de claridad y de alegría el palacio subterráneo del príncipe Negro.

FIN

MAL REMEDIO

Don Nata  Tria un  avill 
 Pral que le proXcion  dul 
 + el  RICH  K sufría dolo  ment 
 pues Kda noche le Dsa  2ecian gran
 Ntidad D ell  P  lograr
 prenDr al  Edrón y darle su
 Kst , adqui  un poten 
 Cpro, que o  lltó del  del 
 Durmiese tran  el  brador, y
 cual no se  su sorp  sa, cuan 
 al  necer vió que a  D+ de las
 que qued  or, le habían roba 
 el ino  sivo cepo.  Samondo

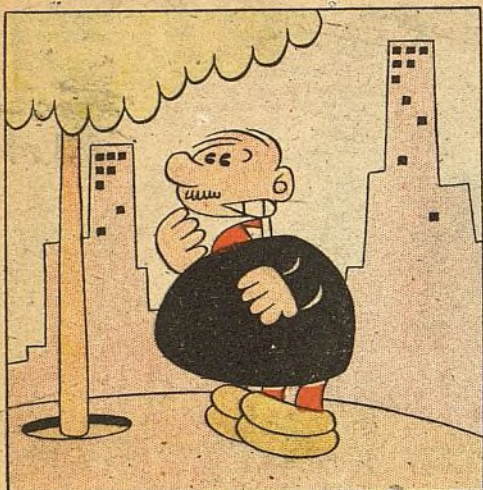
Chistes finos



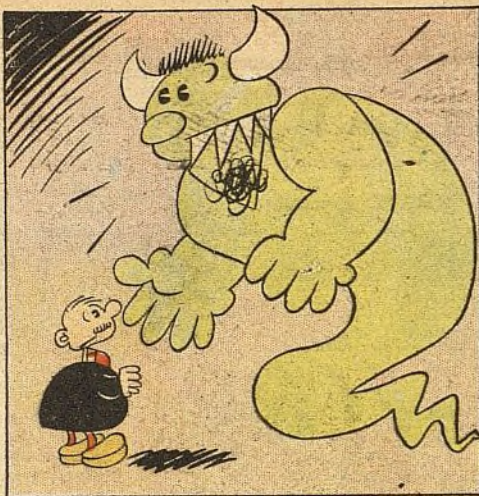
SOLO DOS KILOMETROS



HISTORIA DEL SEÑOR JIM



Este era un señor gordito y osado que quería ser rico, para comer pasteles, ir al cine y a todos los sitios y siempre se estaba lamentando diciendo: «¡Qué asco de vida!» «¡pues, sí!» «¡pues vaya!» «¡quién tuviera un millón!» Cierta día se le apareció un Genio. El Genio era inmenso, grandísimo, con escamas en el lomo color verde, o sea,



bastante feucho. Mas para disimular su fechez, habíase disfrazado de niño pequeño. ¡Inútil empeño, ya que su fechez resaltaba, pese a todo! Te voy a conceder lo que desees — le dijo al señor Jim — a ver si dejas de lamentarte de una vez. Pronto la que tu creías mala suerte, se convertirá en buena; pero como esta buena en reali-



dad será mala, será esta mala, o sea, buena suerte, fatal para tí.

Y diciendo esto desapareció, dejando al señor Jim sumido en un charco de confusiones.

Al día siguiente se murió un tío del señor Jim, dejándole una cuantiosa herencia; al otro día le tocó la lotería, y al otro, le cayó un piano en una

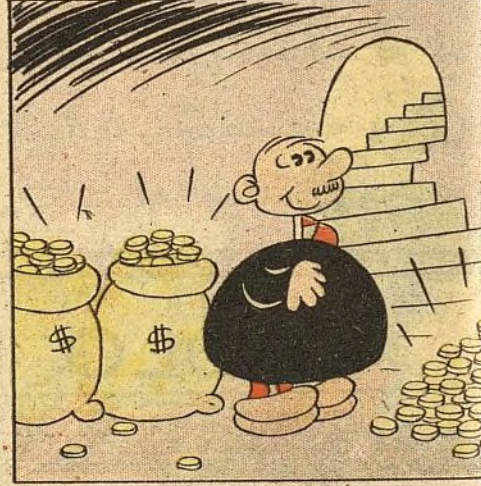


rifa, pero claro, encima no. Y así todos los días.

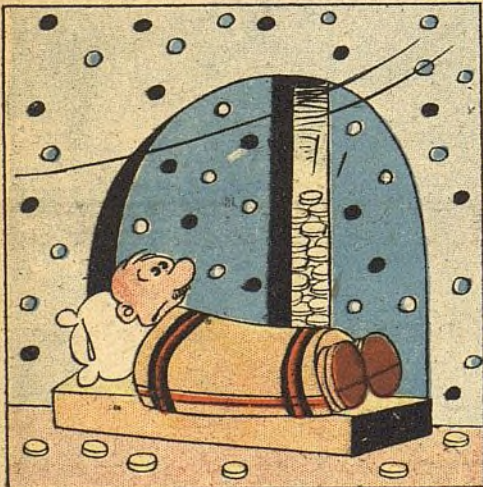
Sus riquezas en poco tiempo fueron inmensas, pero su miedo a que se las robaran no era menor, por lo que no se movía de su casa, ni iba al cine, ni a ningún sitio, como había deseado, por si acaso. ¡Resultado gracioso, ya que también trágico! Y aunque no se movía de allí, seguían tocándole



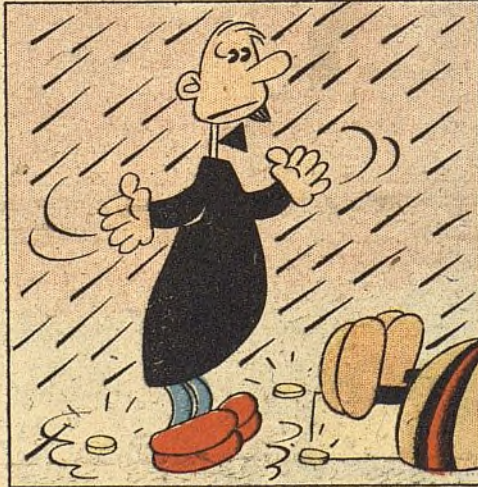
cosas, no se sabe por qué. O mejor dicho, sí se sabe. Al mes, todas las habitaciones de su casa estaban tan llenas de monedas de oro y de pianos, que no le quedaba ni un sitio para él, y claro, como no hay pisos, y además no quería alejarse de sus riquezas, tenía que dormir en el quicio del portal.



Y ello le perdió... Cierta mañana de noviembre, tras una fría, espantosa noche, como tardara en levantarse, un criado suyo, al que había tomado para que limpiara el polvo a los millones y los tuviera bien limpios, le sacudió suavemente pensando: «¡Vaya! ¡A mi amo se le ha pegado el escalón hoy...!»

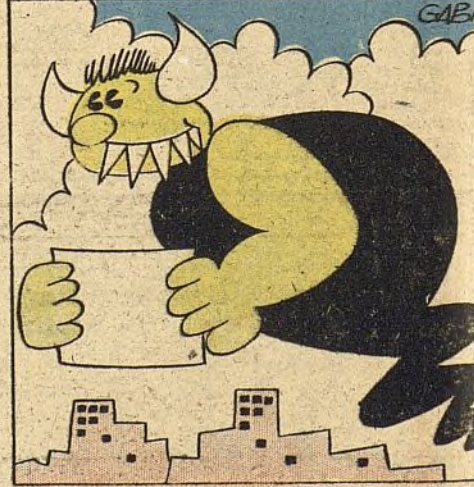


Pero no; no se le había pegado el escalón. Un fatal catarro había terminado con el señor Jim. ¡Estaba muerto! Su insana pasión por las riquezas le había perdido. Y allí habló el criado, hombre sensato y bien criado: «Inútil es pretender lo que no se merece. La verdadera felicidad está en



saber conformarse con lo que se tiene, y se pasa también». Y tras ello, fué a dar parte al juez de guardia.

Entonces, cuando parecía que la historieta se había ya terminado, flotando en el aire, apareció el Genio. Llevaba en las manos un gran cartelón,



en el cual, escrito con sangre en caracteres visigóticos, se leía: «LA AVARICIA ROMPE EL SACO». Y con una sardónica carcajada desapareció en la noche. Lo acabamos de ver. ¡Qué verdad es eso de que la avaricia rompe el saco, demonio!

CUENTOS DE

Mari-Pepa

Redimir al cautivo

Apenas arrancó el cochecito, Lorenzo el jardinero que lo guiaba, se volvió hacia nosotras y nos dijo:

—¿En qué calles vivís?

Ya iba Angelines a dar sus señas, cuando un codazo de Mari-Chari la hizo enmudecer.

—Llévenos a la calle tal, número tal.

Y mientras Lorenzo fustigaba al caballo, Mari-Chari nos explicó debajo de la manta que nos cubría a las tres:

—En esa casa es donde se oyen los gemidos misteriosos.

—Ha sido una buena idea —afirmé yo— porque Lorenzo puede servirnos de mucho en la liberación de esa niña que tienen cautiva.

—Lorenzo no querrá meterse en esos líos —aseguró Angelines.

—¡Bah! —Estoy segura de que convenceremos a nuestro viejo jardinero lo mismo que otras veces.

Entretanto el coche avanzaba por distintas calles y no tardó en llegar ante la casa señalada por Mari-Chari.

—Bueno, ya estamos aquí —dijo el jardinero volviéndose hacia nosotras.

—¿A cuál de las tres hay que bajar?

Entonces yo le hice seña con la mano de que se acercara.

—Tenemos que confiarle un secreto.

Muy intrigado por nuestras palabras, el viejo Lorenzo dejó el pescante y se aproximó a nosotras.

—Lo primero de todo —comenzó Mari-Chari— tiene que prometernos no decir nada a las Madres del colegio.

—¡Hum! ¡hum! —gruñó Lorenzo—. Me está dando en la nariz que vosotras tres preparáis alguna de vuestras travessuras.

—¿Cómo lo ha adivinado? —preguntó ingenuamente Angelines.

Lorenzo se echó a reír y dijo:

—Sabe más el diablo por viejo que por diablo.

—Pues esta vez se ha equivocado usted —dijo Mari-Chari—.

No se trata de ninguna diablura sino de una obra de misericordia.

—Pero bueno —exclamó Lorenzo—. ¿No quedamos en que vos, otras tres enfermas con calenturas y que la

Rvda. Madre me ha encargado que os traiga en el coche a vuestras casas? Yo con eso no hago ninguna obra de misericordia sino cumplir lo que me han mandado.

—¡Frio, frio, frio! —gritamos mis amigas y yo muertas de risa.

—¡Carambola! —exclamó el viejo jardinero—. ¡Que me estáis tomando el pelo bonitamente! ¡Basta de bromas y decidme cuál de las tres vive aquí para que la deje en su casa!

—No se enfade, Lorenzo —intervine yo conciliadora—. Le contaremos toda la verdad sin necesidad de que usted nos prometa guardar silencio, porque sabemos que usted es muy bueno y no querrá que nos ganemos una buena regañina sin merecerla. La verdad es que ni Angelines, ni Mari-Chari ni yo estamos enfermas.

—¿No? —dijo Lorenzo muy asustado—. Entonces... ¿cómo hicisteis ver que tenéis fiebre a la Hermana enfermera?

—Una pequeña trampita —confesó riendo Mari-Chari— pero no se la decimos para que no nos descubra otro día.

—Bueno —proseguí yo— la cosa es que las tres estamos perfectamente

de salud y que ninguna de las tres vivimos en esta casa cuyas señas le hemos dado.

—¡Esto es el colmo!... —empezó a protestar Lorenzo.

—Escúcheme hasta el final, por favor, y luego comprenderá. Resulta que en esta casa tienen secuestrada a una niña, que se pasa el día llorando y llamando a su mamá. Nosotras lo hemos descubierto y queremos libertarla.

—¿Podemos contar con usted? Para estas cosas un hombre siempre impone más y, aunque usted sea viejecillo, siempre es un hombre.

Mis últimas palabras acabaron por convencer a nuestro simpático jardinero. Carraspeó un poco, se estiró el chaleco y dijo:

—¡Naturalmente! A pesar de mis años, todavía soy muy capaz de darle un mojicón al que se me ponga por delante. ¿Dónde decís que está esa desgraciada criatura?

—Ya es nuestro! —exclamó llena de alegría Mari-Chari, en voz tan bajita, que sólo Angelines y yo podríamos oírlo.

Y luego, tirando a un lado la manta que nos cubría, saltamos las tres del coche y, bajo su dirección, nos encaminamos a la ventana enrejada. El cristal estaba cubierto totalmente por una cortina, de manera que no se veía nada desde el exterior.

—Escuchen —dijo Mari-Chari acercando su oreja a los barrotes. Permanecimos en completo silencio unos minutos, y efectivamente, no tardamos en oír una voz lastimera que lloraba: ¡mamá!...

—¡Certo! —dijimos todas con el corazón encogido— se oyen quejidos.

—¿Qué podíamos hacer? —se preguntó el viejo Lorenzo levantándose la boina y rascándose en el cogote para mejor coordinar las ideas.

—Vamos a llamar a un guardia —propuso la tímida Angelines. A mí me da mucho miedo todo esto.

—¿Llamar a un guardia estando aquí Lorenzo? —se indignó Mari-Chari. Bajo su protección no puede ocurrirnos nada.

—¡Claro está! —afirmó el viejo jardinero. ¡Faltaría más que estando conmigo se metiera nadie con vosotras! Mirad, lo mejor de todo es que aguardéis aquí en el portal y yo llamo en la puerta de esa casa a ver quién sale y, con un pretexto cualquiera, me meto dentro a echar una ojeada.

—Me parece muy buena idea —aprobé yo. Si le preguntan que qué desea dice que es el de la luz, y que tiene que ver la instalación, y así se mete por todas las habitaciones y descubre dónde está la niña.

—Bueno, ya veremos lo que digo. Vosotras aquí, aguardadme —dijo Lorenzo armándose de valor y dirigiéndose a la puerta del piso.

Vimos cómo llamaba, cómo le abrían la puerta y cómo le hacían pasar. Luego la puerta volvió a cerrarse y, nada. Durante aquellos minutos de espera nuestros corazones hacían: tic-tac, con una fuerza desacomulbrada.

¿Qué iba a pasar?

De pronto se abrió la puerta y apareció Lorenzo, riéndose a carcajadas tan fuertemente que temíamos que hubiera perdido el juicio.

—¡Ja, ja, ja! ¡Venid, venid, chiquititas! —dijo cuando pudo hablar.

Obedecimos y entramos tras él. Nos llevó hasta una amplia nave llena de mesas y de estanterías.

Sobre ellas se amontonaban muñecas y muñecas. Lorenzo cogió una de ellas, la zarandeó de un lado a otro, y la muñeca hizo: «¡mamá!...»

—¡Una fábrica de muñecas! —exclamó Angelines llena de alegría.

—¡Vaya! —dijo Mari-Chari decepcionada— por esta vez nuestra aventura ha resultado bien poco emocionante.

—Y nuestra obra de misericordia, «redimir al cautivo», un puta ilusión —concluí yo.

Mari-Pepa.



¡NIÑOS, NIÑAS!

¿Os gustaría veros agraciados con magníficos premios en metálico y objetos?...

Pues adquirid los sobres **EL RAPTO DE MARI-PEPA**

y habréis avanzado muchísimo para el logro de vuestros deseos.

**MILES DE PREMIOS EN LOS SOBRES
Y MÁS DE 45.000 PESETAS EN TOTAL**

para aquellos que completen el magnífico
ALBUM "CROMOS FLEYMAR"

COMPRADLO.

PRECIO DEL SOBRE: 25 CÉNTIMOS



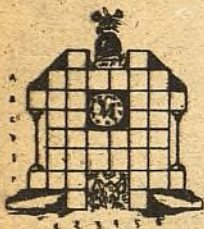


INGENIO INFANTIL



CONCURSO PERMANENTE

Crucigrama



A. Nombre de varón.
B. Al revés, mueble blando » ata.
C. Nota » al revés, mira.
D. Decrete, mande.
E. Chozas habitación rústica.
F. Dos » al revés, demostrativo.

1. Córcova, desviación de costillas.
2. Ordenara, colocata.
3. Consonante » letras de barro.
4. Vocal » Voz para dormir a los niños.
5. Ciudad española.
6. De color blanco (f. p.).

Julán Valencia
Abtao, 27, 2.º C. Madrid.
Jeroglífico

Lunes
Martes
Miércoles
Jueves
Viernes
Sábado
Domingo
EBRO

¿Qué es FLECHAS y PELAYOS?
Julán Valencia
Abtao, 27, 2.º C. Madrid.



Curiosidades literarias



El poema del «Mío Cid» estuvo en la oscuridad o en «olvido» hasta 1789. Le saca una hoja al principio y varias por en medio. De todas las ediciones la mejor es la de Menéndez Pidal en 1908.



El personaje de don Juan Tenorio además de ser el protagonista de la obra de Zorrilla, lo es también de «El burlador de Zorrilla» de Tirso de Molina y de «Don Juan» de Molière.



Lope de Vega también fue soldado en una escuadra española como Cervantes, y si éste luchó en Lepanto, aquél lo hizo con la escuadra «Invencible».

Alejandro Fernández.
Ancha, 5. Mora (Toledo).

Chiste



—¿Te dió resultado el anuncio de que te faltaba un vigilante para la oficina?
—¡Ya lo creo! Esta noche pasada han entrado ladrones.

Julán Valencia.
Abtao, 27, 2.º C. Madrid.

Anécdotas

Cuando la reina de Francia María Antonieta subía al cadalso, pisó sin querer al verdugo y al

Cristóbal Colón

Cansado ya Colón, entra en España
Rechazado por los reyes extranjeros;
Inglaterra, Venecia.... el mundo entero
Sus proyectos los toma por patrañas;
Tan grandes planes de lograr la hazaña
Ofrécele a Isabel, que su dinero
Benévola le da, y en tres veleros
Atraviesa la mar, y en tierra extraña.
Logra clavar la Cruz y la Bandera.

Coronando con éxito el intento
Obtiene para España eterna gloria;
La empresa que jumás los siglos vieran
Otra tal, fué de Castilla el aliento
Nunca igualado por los pueblos de la Historia.

Eusebio Escobar.

Victoria, 8, 2.º Madrid.

darse cuenta le dijo a éste humildemente:
—Perdone, señor; no lo hice adrede.

Estando Toción reprendiendo ásperamente al pueblo ateniense. Demóstenes le dijo:
—Mira que te matará el pueblo si empieza a enloquecer.
Y respondió Toción:
—Y a ti te matará si empieza a tener juicio.

Alejandro Fernández
15 años.
Ancha, 5. Mora (Toledo).



Francisco Tadeo.
Calle Tutor, 68. Madrid.

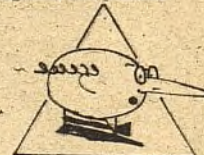


Alejandro Fernández
Ancha, 5. Mora (Toledo).

D. Concho



Josquín González.
Lagasca, 105. Madrid.



R. Jordana
Calle del Príncipe, 7, Madrid.

Soluciones al número anterior

HORIZONTALES:—1. Cádáveres. 2. Abanicará. 3. B. V. C. 4. A. Caen A. 5. Ll. Ene. Ir. 6. E. E. P. (Pe) G. Re. 7. R. L. A. M. 8. Fonógrafo. 9. Abricatos.

VERTICALES:—1. Caballería. 2. A. D. C. B. 3. DA. C. E. VI. 4. An. Acpiog. (Golpes). 5. Viven. Ge. 6. E. C. Negará. 7. Ra. At. 8. Er. Ir. Yo. 9. Sacaremos.

AVISO IMPORTANTE

Ponemos en conocimiento de nuestros colaboradores, tanto literarios como gráficos, que deberán abstenerse en lo sucesivo de escribir o dibujar en el reverso del papel empleado para sus trabajos; que cada cuartilla comprenderá un solo original y que, al pie de los mismos, consignarán con toda claridad el nombre, apellidos, población y domicilio de sus autores. Sin estos requisitos mínimos no respondemos de su publicación.

A mi Patria

(CANTO HISTÓRICO)

Al toque del clarín y las cornetas
mi pecho de español se reverdece,
recordando históricas facetas
que el ruido del cañón nos ensordece.
Derrochando valor, haciendo alarde,
jamás podremos olvidar la hazaña
de aquel gran español que fué Velarde,
dando su vida por salvar a España.
Y la gloriosa gesta que dió al mundo
un nuevo continente aunque salvaje,
las naves españolas en su rumbo
domaron a los indios con coraje.

Julán Valencia.

Madrid.

Curiosidades

En el año 37 de nuestra era subió al poder en Roma, Calígula, que acostumbró a sus súbditos a sufrir la locura. Quiso hacer cónsul a su caballo Incitato y lamentó que el pueblo romano no tuviera una sola cabeza para cortársela de un solo golpe. Fué asesinado por Quereas en el año 41 y los romanos, que de la dominación habían pasado a la tiranía y luego a la locura de ésta pasaron a la imbecilidad.

Cuando fué cedida a España la isla de Fernando Poo por los portugueses, ante la hostilidad de

los naturales y las enfermedades que diezmaron a los expedicionarios, el Gobierno español decidió abandonar la isla y sólo se volvió a ella en 1883 por la necesidad de defenderla de los ingleses que querían adquirirla.

Félix Guitart

Claudio Coello, 16. Madrid.



Luis Mellado
P. de Abastos, 2. Cádiz.

Poesía.—A la Patria

Por mi Dios y por mi sangre
ofrenda te hago de mi vida;
lo que tengo y lo que soy
te lo debo, Patria mía.
Los embates no me arredran.
de la lucha por la vida,
y si pierdo, clamaré:
¡triumfa y vive, Patria mía!

Tomás Alonso.

Goiri, 27. Madrid.

Curiosidad



Se ha observado que las alas de una mosca vibran trescientas treinta veces por segundo; de donde se deduce que dicho insecto puede andar una milla por minuto, que es la velocidad de un tren expreso. Si una mosca tomara el vuelo en línea recta, sin parar, podría dar la vuelta al mundo en menos de veintiocho días.

José M.ª Corretger.
Fuente I, 1.º 2.ª Tárrega (Lérida).



Un chaparrón imprevisto



INDIO MODERNISTA



LA NIÑA Maruja

POR
Gloria
Fuentes



la Virgen sonreía
y miraba el regalo.
Músicas en el aire
de violines dorados,
juegos angelicales
y seráficos cantos,
y los pies de la niña,
sobre el césped y el mármol,
lírios la acariciaban
su blancura besando.

han venido a su lado
—y ocultaron un poco
al Niño bien calzado—.

“Maruja” en su lugar,
las alas ha estrenado,
se las cosió María
con hilo de bordado.

Ya ha aprendido a volar
y a decir: —¡Santo, Santo!...
—a veces se equivoca.
—¡Soy feliz!—va cantando...
—Lo mismo que en la tierra
dice sobre los astros—.

¡Dulce niña descalza!
¡Oh, nuevo ángel de nardo!
Su mayor ilusión
los zapatitos blancos,
¡Jesús los tiene puestos
y ella ríe volando!...

Sólo tuvo un deseo,
tener blancos zapatos;
la risa era su mueca,
su color, blanco blanco.
Hecha un hato de huesos,
blanca nos la encontramos,
y blanca se marchaba
como un campo nevado.

Los zapatos pedidos,
al lecho la llevaron.
—Poné melos—ordena,
voz de un deje lejano.
—Ahora me iré al cielo,
¡qué alegría me han dado!

Subió, ya no la vimos,
y ya en el otro lado,
se presentó al Dios Niño
y le dió los zapatos.
Allí Jesús seguía,
sentadito y descalzo,
entre el calor amable
del materno regazo.
Como los pescadores,
sus amigos amados,
descalzo como entonces,
el Rey sale a su paso.

Le estaban algo grandes,
los zapatitos blancos;



Y ved a Jesús Niño,
con sus grandes zapatos;
...tienen la suela nueva,
y aún se lee muy claro...
“Madrid... Zapatería,
y calle de... Preciados”...
Los ángeles mayores

